



ARTE

La escalera infinita. Nacho Calonge: El reportaje gráfico como compromiso social

Juan Ignacio Flores Tarancón

No estamos seguros de que las palabras puedan salvar vidas, pero lo que sí podemos garantizar es que el silencio mata.” J. Orbinski, Presidente de Médicos sin fronteras, al recoger el Premio Nobel de la Paz 1999. En los albores del siglo XXI, vivimos en un mundo donde las desigualdades sociales son más que patentes. La última cumbre celebrada en el estado de Washington, EE.UU., entre el conjunto de los países industrializados para establecer y sentar las reglas del comercio internacional en los próximos años supuso una zancadilla más para el desarrollo de los países del tercer mundo, al limitar su capacidad de exportación en el primer mundo manteniendo los aranceles y las medidas proteccionistas actuales, que eviten por otro lado conflictos sociales en las economías occidentales, al no poder competir en supuesta igualdad de condiciones con una serie de productos que significarían la destrucción de empleos, dedicados fundamentalmente al sector agrícola y ocasionalmente al industrial. Igualmente, estas medidas comportan un serio lastre para el progreso de las economías de países en vías de industrialización, abonando el terreno para que la miseria, la corrupción política de inmaduras democracias y la distancia social entre clases permanezcan e inauguren de la mano el nuevo siglo, el del desarrollo tecnológico, la manipulación genética, el confort, la calidad de vida y la desabrida competitividad establecidas por la filosofía del pensamiento único.

En este ámbito de cosas, Nacho Calonge (Campo de Criptana, 1965), reportero gráfico profesional es uno más de esos pequeños protagonistas, románticos fin de siglo que esporádicamente hacen ruido, lanzándonos el reto de mirarnos ante el espejo deformado de nuestra realidad, de nuestro presente intentando ver más allá, con el objeto de dar el salto del primer al tercer escalón para zambullirnos en la otra realidad, la que nos resulta tan lejana y ajena, con la salvedad de aquellos momentos en que la naturaleza caprichosa nos demuestra, a través de los diferentes desastres originados por ella que no estamos solos, removiéndonos ocasionalmente las conciencias.

En el apogeo de las causas sociales como argumento comercial, terrible metáfora de una sociedad pagada de sí mis-

ma, Calonge se posiciona como francotirador de almas, ejerciendo su particular cuota de responsabilidad social a través de un trabajo cuya remuneración moral excede con mucho la resultante de la balanza voluntad/obligación.

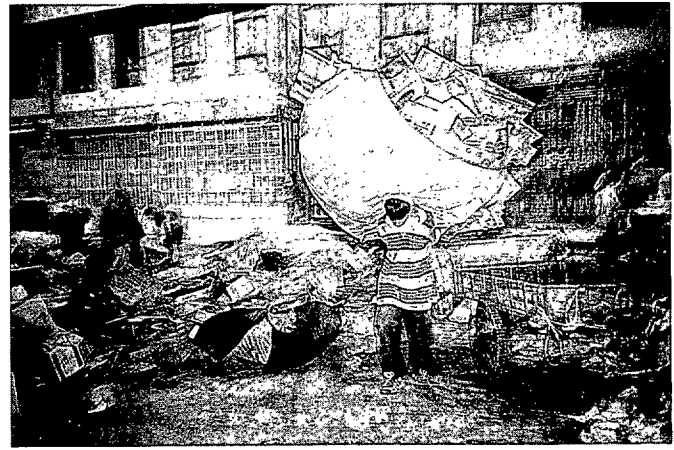
La trayectoria última de Nacho Calonge se circunscribe a Latinoamérica -Chiapas 1995/98, Cuba 1996, Perú 1999-. Su periplo personal y profesional en este contexto geográfico es fruto de unas convicciones, casi de un apostolado rubricado con sus imágenes, que nos presentan “*la tremenda sencillez con que se plantean la vida*” gentes a las que ubicamos cómodamente en la periferia del tercer mundo, fotografías que nos advierten de “*lo que te puede enseñar un señor cuyas únicas posesiones son una pequeña choza de paja y unas chanclas rotas*”.

El poder de la imagen es capaz de subordinar nuestra sensibilidad. La amargura de lo cotidiano, servida en un “plató” de TV en los informativos y documentales diversos se torna casi en amenaza de saturación, que Calonge conjuga con la frialdad del cirujano que opera y la calidez de quien ayuda a reponerse de la enfermedad. “*No te puedes permitir el lujo de que te tiemble el pulso, cuando enfocas la miseria delante de ti, porque si la foto te sale movida te pueden llamar artista y otras cosas por el estilo. Bromas aparte, considero que una persona jamás se puede sentir insensibilizada ante el dolor. El día que lo esté dejaré la cámara o me dedicaré a fotografiar flores*”.

Calonge reproduce sus fotografías en el frío blanco y negro del reportero genuinamente histórico. Una falta de color sobre el papel pero, ¿también sobre las vidas de quien retrata?; “*aunque no deja de ser un tópico, considero el blanco y negro como algo más personal. En absoluto se contradice el uso del color con la fotografía socialmente comprometida, como demuestra el excelente trabajo de por ejemplo Santiago Lyon. Por otro lado, he tenido la oportunidad de captar imágenes de unas niñas jugando al baloncesto, otra el día de su primera comunión o varias parejas indígenas celebrando su boda, niños jugando y olvidando ese miserable día en el cual no comerán. Eso es lo que recuerdo con mayor emoción, parte de mis fotos son una denuncia que considero se debe de hacer, pero también*



1.



4.

existe otra parte en la que me gustaría mostrar la dignidad con la que a pesar de todo siguen viviendo, lo único que les diferencia de nosotros es que ellos tuvieron la mala fortuna de nacer 10.000 km. mas al oeste. Si cierras los ojos y puedes seguir viendo los de una persona a la que fotografiaste puedes estar seguro de que la magia os ha unido para siempre”.

Nacho Calonge pretende seguir haciendo ruido. En el horizonte surgen Méjico, Guatemala, el Amazonas y los indios lacandonos. La trayectoria hasta ahora ha sido sinuosa. Su cauce vital es un conjunto de meandros afanosamente surcados. El río de la vida desemboca aún más lejos, mientras que la aventura continúa. ■

1. Refugiado tzotzil en una marcha por la paz regresa del campo de refugiados de Xoyep, Chiapas.
2. Mural con referencias al EZLN en el municipio autónomo de Polho, Chiapas.
3. Niños trabajando en las pampas de ladrillos de Huachipa, Lima.

4. Recolectores de cartón para reciclaje en el Mercado Central de Lima.
5. Expulsados del pueblo de Nuevo Paraíso, cerca de Venustiano Carranza, Chiapas.
6. Niña pisando arcilla para preparar tejas, Piñipampa, Cuzco, Lima.

2.



3.



5.

6.

